TRAS LA PANTALLA

GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

PEARL WHITE

CUADERNO Nº 7 (Segunda edición) 35 Cts.

EL PRÓXIMO CUADERNO

ESTARA DEDICADO A

GUSTAVO SERENA

El actor de las grandes elegancias y de los gestos sobrios y concisos :: Detalles interesantes de su vida

EN PREPARACIÓN:

PINA MENICHELLI
:: EDDIE POLO ::
JUANITA HANSEN

Scanned and Donated From The Collection of
Darren Nemeth, 2022.

AÑO II BARCELONA 8 ENERO 1921 CUADERNO 7

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

PEARL WHITE : PERLA BLANCA

POR

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA

(SEGUNDA EDICIÓN)

LA MUÑEQUITA INTRÉPIDA DE LOS OJOS AZULES Y EL CABELLO MUY RUBIO

HASTA ahora la suerte nos ha acompañado en el encargo de originales para TRAS LA PANTALLA.

Al de la biografía anecdótica de la gloriosa Francesca Bertini ha sucedido el de la de Perla Blanca, la americana gentil que parece una muñequita delicada y que tiene, sin embargo, un valor intrépido y sereno ante la muerte.

Las dos—naturalmente que bajo los diferentes aspectos de sus respectivas características — son igualmente grandes en el arte imponderable del teatro mudo; y como la Bertini, Perla Blanca, es una de las figuras de la pantalla que más merecen nuestra entusiasta predilección.

Antes de seguir adelante y apuntado que somos unos decididos admiradores de nuestra biografiada, cúmplenos hacer para con el público que tiene la bondad de leernos, una honrada salvedad que deje a cubierto de resquemores nuestra conciencia de periodistas sinceros.

Queremos decir y decimos que nunca y ahora menos que nunca nos dejaremos llevar en el torpe pergeño de estas cuartillas por la persistente idolatría de mujer y artista singular que Perlita nos ha inspirado con su belleza prodigiosa y con sus temerarias audacias. En lo que a la reseña biográfica se refiere, seguiremos la línea trazada por los datos recopilados de nuestro archivo que tenemos a la vista, y en lo que pueda tener carácter de perfiles críticos o de análisis de su «peculiar estilo» y «temperamento personalísimo», no haremos, tampoco, otra cosa que ajustarnos, como siempre, a la realidad más estricta entre todas las realidades.

Más aun; nos cabe la seguridad tranquilizadora, de que todos nuestros lectores, como los públicos del mundo entero, compartirán con nosotros el criterio absolutamente elogioso que se desprende de la labor de «Perla Blanca» y pensarán con nosotros también, que es una de las más bonitas y valerosas artistas que se nos han ofrecido en la pantalla, haciendo que la emoción nos sobrecoja con un escalofrío de pavor, y que notemos frente a sus bravas gallardías como si una mano de hierro nos oprimiese la garganta, y como si un martillo implacable nos golpease las sienes.

Enemigos de lo absoluto perque creemos que «lo absoluto no se da en la vida» no diremos que «Perla Blanca» sea única en su modo de hacer, pero encariñados con la positividad axiomática de los valores efectivos, sí diremos que jamás estrella alguna ha sobrepasado los méritos de la que abrillanta con su retrato la portada de este cuadreno y, desde luego, que son muy pocas, tan pocas que podría contarlas con los dedos un manco de las dos manos, las que han conseguido llegar hasta donde ella ha llegado.

Y lo más extraño es que las valerosas arrogancias de esta actriz representan un rudo contraste con su aspecto aniñado de muñequita; porque «Perla Blanca», que en el lienzo sabe acelerar los latidos del corazón y hacernos estremecer con el presentimiento de las tragedias irremediables, como mujer es una jovencita en edad de buscar novio— como una colegiala traviesa que asoma el resplandor de su belleza para hacer guiños coquetones a un estudiante conquistador, desde las ventanas altas del pensionado, burlando la vigilante severidad de las buenas monjitas, — y que tiene unos ojos azules, muy azules, color de esperanza, unos labios rojos, muy rojos, como los encendidos claveles reventones con que las manolas adornan su tocado en Jueves Santo, y un cabello más rubio que los trigales dorados por la lumbre del sol de agosto en los campos de Castilla.

Por eso nosotros la llamamos la muñequita intrépida; porque es, en apariencia, delicada, linda y frágil como una muñequita de china y porque se deja acariciar de la muerte frente al objetivo y la burla con la misma sonrisa que tendría en un baile para decir a un galanteador tenaz.— No puedo cederle este rigodón porque lo tengo comprometido. Gracias, muchas gracias, por su galantería. Vuelva usted al otro...

Y su vida, su ascensión hasta llegar a las cumbres de la fortuna y de la gloria, ha sido también audaz, valerosa e intrépida como ninguna.

LA VIDA DE PERLA BLANCA : : SUS PADRES : : DEL COLEGIO A UNA OFICINA : : SOÑANDO CON ALGO : : : : : MEJOR : : : :

Hace veinticinco años nació en la ciudad de Missouri, en los Estados Unidos del Norte de América, «Perla Blanca».

Su padre era irlandés y su madre italiana, circunstancia que ha juntado en la artista a la esbeltez y a la belleza de las mujeres del Norte, la flexibilidad y la gracia de las mujeres del Mediodía.

Pero sus padres eran pobres, honrados artesanos que a penas lograban sacar con el esfuerzo penoso de su trabajo, lo suficiente para ir atendiendo al apremio de las más urgentes necesidades de la vida.

Como la hija era muy despierta y avispada, el cariño de sus padres quiso acumularse un nuevo sacrificio sobre los muchos de cada día y para procurarle una educación que le asegurase un porvenir mejor del que ellos podían ofrecerle, la mandaron a un colegio.

En el colegio permaneció desde los cuatro hasta los doce años, como la alumna más aventajada y más traviesa; tan traviesa que se hacía irresistible, y tan aventajada que para orgullo de su clase le toleraba y resistía la maestra sus travesuras.

Cuando empezó a espigarse, los apuros de la casa, cada vez mayores, obligaron a los padres a pensar, con dolor, que necesitaban del trabajo de la chica para seguir adelante.

Acababa el año y «Perla» había llegado a su casa, radiante de alegría con sus diplomas en la mano.

Eran los premios a su aplicación, obtenidos en unos ceremoniosos exámenes oficiales, frente a unos señores muy serios, alguno calvo, todos con lentes, que entre cabezada y cabezada y entre cuchicheo y cuchicheo, hacían preguntas con un tono distraído a las inocentes alumnas, trémulas de indecisión.

Perlita había alcanzado cuatro sobresalientes. Los padres se la comieron a besos, con lágrimas en los ojos, y con el torpe balbuceo del llanto, le dijeron:

— Ahora que ya eres una mujercita, nos vas a ayudar, colocándote en un despacho.

Pocos días después estaba colocada en unas oficinas, donde la hacían trabajar desde las ocho de la mañana hasta las ocho de la noche, en un trabajo continuado y fatigoso, con sólo un pequeño descanso para comer.

En una habitación amplia y soleada había muchas muchachas, de diferentes edades — ella era la menor — vigiladas y regidas por una señora enfática y estúpida que miraba con unos ojos severos y pequeños a través de unas lunas enormes de cristal muy grueso montadas en oro, sobre unas narices chatas de perro pachón.

También en la oficina, como en el colegio, era revoltosa y lista la simpática chiquilla. Pero en la oficina no hacían tanta gracia sus diabluras ingeniosas. En las oficinas — de «Norte-América», sobre todo — la disciplina y la formalidad son una religión que si no brinda indulgencias aprovecha prácticamente las actividades y, «Perla Blanca», además de perder su actividad haciendo bromas y garabatos en vez de números, hacía perder la actividad, entre risas y comentarios, a las otras compañeras.

La *jefa* del negociado femenino se encendía en furores con las frecuentes reprimendas a la incorregible.

Una mañana al ir a sentarse en su sitial de autoridad mayor, dió un chillido penetrante y largo, como un pitido del tren.

Precisamente en el sitio donde la espalda pierde su nombre, para no ofender, con palabras feas a la moral, se había clavado un alfiler que estaba cuidadosamente hundido en el muelle del asiento.

El alfiler lo había colocado Perla. Sus ruidosas carcajadas la delataron sin necesidad de averiguaciones.

Aquello era intolerable.

La *jefa* se presentó en el despacho del Director, hecha una furia. Sus manos tan hábiles en prodigios caligráficos se crispaban trémulas por la ira. Las palabras se amontonaban al salir por entre los pálidos labios temblorosos, bordeados de espuma. De los ojos, diminutos, le salían chispas de lumbre.

— Hay que despedir a esta burlona que me las revuelve a todas — tenía mucho cuidado en callar el motivo de su resolución — y que no deja trabajar a las demás. Hay que despedirla. Hay que despedirla...

Perla Blanca — Caricatura de Stres

— Pero qué ha hecho?

— Pues... pues...

Cuando lo confesó, apremiada por las insistentes preguntas, estalló en el severo despacho de la Dirección una estruendosa carcajada.

— Bueno, retírese tranquila que esta meritoria no volverá más por el despacho.

Y no volvió más, pero tampoco la despidió. ¡Era tan mona y ponía una cara tan medrosa de arrepentimiento!

El director — cuarentón acicalado — la nombró su secretaria o amanuense más bien, y le hizo instalar una mesita junto a la suya enorme, con filigranas doradas. Además, le subió el sueldo porque el trabajo, aunque no tan penoso, era de más cuidado y responsabilidad. Desde entonces comenzó para Perla Blanca una nueva vida de apariencias dichosas.

Aquel hombre era muy amable y la trataba muy bien. De vez en cuando, a modo de gratificación, le entregaba unas monedas de oro que Perlita llevaba a su casa. Cierto día al recibir unas monedas — más que de ordinario — las miradas de los padres se cruzaron temerosas en un presentimiento horrible..

— Habrá que estar a la espectativa — parecieron decirse con los ojos — que la niña es muy niña y el mundo muy malo.

Pero no hacía falta.

A la mañana siguiente el Director, después de darle como acostumbraba unos mimosos golpecitos en la barba y con pretexto de explicarle bien el borrador de una carta que ella había de copiar, adelantó tanto su cara que, sin querer en apariencia, la rozó con la de la joven amanuense.

Perla, enrojecida, se separó rápida.

El, entonces, habló con promesas que eran una tentación. Mucho dinero, una vida de regalo y esplendidez en un piso lujoso, con criados, alhajas y automóviles...

Equivocando el medroso silencio de la ofendida en lo más íntimo de su honor, como una concesión humilde y deslumbrada, llegó hasta ella, le apretó una mano y le dió un beso en la mejilla encarnada y ardorosa de rubor.

Fué cosa de un instante. La chiquilla se sintió desfallecer de miedo y de vergüenza, pero tuvo una sacudida brava que la hizo fuerte y resuelta.

Dió a su ofensor una tan grande bofetada, que lo hizo volver atrás. Luego le tiró a la cabeza el primer trasto de escritorio que encontró a mano.

Y salió erguida de aquel despacho, arrojando al pobre tenorio ridículo una mirada de desprecio.

Aquel día nació en Perla Blanca la mujer intrépida, más valiente cuanto mayor es el peligro, que hoy nos emociona desde el lienzo.

Por muchos puñetazos—ha dicho ella misma—que haya dado y muy de veras como yo los doy siempre en las escenas de tantas películas, no recuerdo jamás haber dado uno tan grande como aquel.

Pero no volvió al despacho.

Ya no quería ser oficinista.

Y sus padres necesitaban dinero...

UNA BUENA VOZ : : EL TEATRO ES UNA SOLUCIÓN, NO LLEGA A PRIMERA FIGURA : : LAS VARIETÉS :

Perla Blanca tenía una buena voz, una voz admirable con sonoridades de cristal.

Tenía también unas desbaratadas ambiciones de salir y sacar a su casa de la disimulada miseria que venía padeciendo desde que ella abrió los ojos a la vida y tenía además un temperamento decidido y voluntarioso que le hacía confiar en sus propia fuerzas para luchar y vencer a todas las adversidades que el destino quisiera poner, como siembra de obstáculos, en su camino.

El teatro era una solución.

Ella cantaría desde los escenarios y los públicos arrebatados de entusiasmo por la belleza espléndida de su juventud lozana y por la gracia musical de su garganta de pájaro ciego, se le rendirían en la devoción ruidosa de las ovaciones frenéticas y aureolarían de gloria su nombre triunfal, que los empresarios codiciosos harían poner en los carteles con letras muy grandes, impresas en oro.

Y tendría un hotel propio, como de reina.

Y muchos criados.

Y los trajes y adornos más lujosos y deslumbrantes.

Y una fortuna en joyas.

Y centenares de caballos de fuerza, trepidando escondidos en las cajas de docenas de autos, esperando sólo para salir disparados en carreras de vértigo, la orden caprichosa al chófer.

Tendría todo lo que le ofrecía con sádicos balbuceos de fauno caduco aquel cuarentón director de oficina, tan generoso, tan pulido y tan grosero.

Pero lo tendría ganado por ella, por sus méritos y por su arte.

Lo tendría para poderlo ostentar ante el mundo, con un gesto orgulloso de triunfadora.

Sería adquirido a la luz del día.

Adquirido con el trabajo.

Con su trabajo en el teatro, detrás de las candilejas que tienen una atracción irresistible de embrujamiento y que eran en su alma ingenua y soñadora, llena de quimeras y de ilusiones, el marco de luz para su belleza que empezaba a brillar con resplandores áureos como sus cabellos.

Después de infinitas gestiones, de innumerables luchas, después de muchos desaires que si no mermaban sus alientos ni su resolu-

ción, la hacían llorar amargas lágrimas de impotencia en las interminables y febriles noches de insomnio, consiguió, porque la tenacidad bien orientada lo puede todo, debutar en un escenario de ínfima categoría.

Más tarde formó parte de diversas compañías de canto y recorrió con ellas todos los escenarios del Norte de América.

Sin embargo no estaba satisfecha, ni tampoco el curso de su carrera era para estarlo del todo.

Los directores de las Compañías que la contrataban, los empresarios de los teatros, el público, todos, no veían en ella más que a la artista joven de prodigiosa belleza que no iba mal por eso, porque era guapa, pero que no pasaba nunca de segunda figura.

Una segunda figura muy discreta, distinguida, pero que no pasaba de segunda figura.

Y los honorarios corrían parejas con la categoría.

Apenas llegaban para cubrir los gastos indispensables de esta vida de las tablas en la que la ostentación es requisito indispensable y sólo en *trapos* se gasta un dineral.

Por otra parte, como el triunfo definitivo no llegaba tan pronto como ella quería, le faltaba fijeza de estancia en ninguna de las manifestaciones artísticas del teatro.

Iba de una en otra, inquieta y alocada como una mariposa y su temperamento voluble la llevó a recorrer en poco tiempo todos los géneros que se desarrollan tras la blanca luz de las candilejas.

Así la vemos debutar primero con *Hamlet*, señalándose muy lucidamente en el monólogo, más tarde interpreta el rol de *Eva* en el melodrama *La Cabaña de Tom*, se pasa después a la opereta y destaca su personalidad, que tiene el secreto de las elegancias supremas y de las languideces meridionales, en la graciosa frivolidad de los valses vieneses y por último, cansada de aguantar las envidias de sus compañeras, y queriendo ser y brillar por sí sola, se consagró a las varietés, cantando canciones y trenzando danzas en los tablados de los *music-halls* más famosos del mundo.

Es aquí donde Perla Blanca consiguió destacarse con los caracteres firmes de los prestigios definitivos.

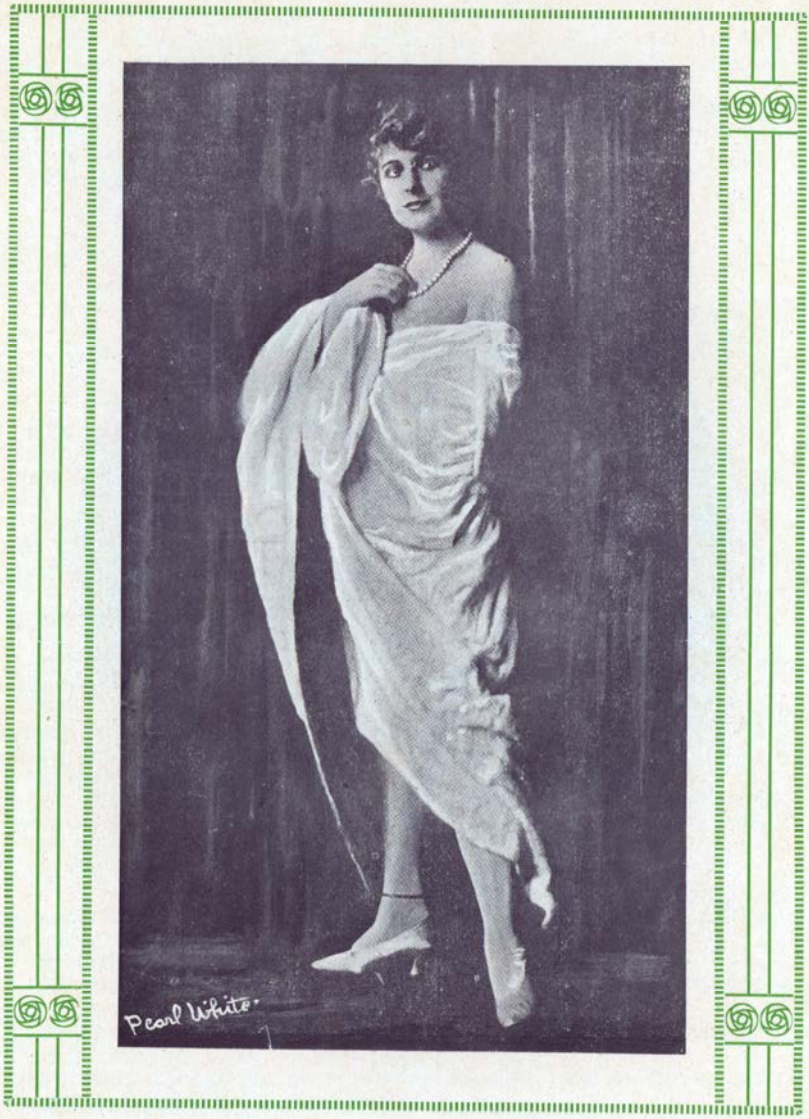
La forzada disciplina de los conjuntos escénicos no era a propósito para que desarrollase sus facultades una mujer toda desenfado y toda rebeldía, que se dejaba llevar con resuelta despreocupación por sus espontáneas inspiraciones.

Necesitaba trabajar, desenvolverse sola, con toda la responsabilidad del resultado, para brillar mejor; y en el arte aparentemente fácil, pero vario y peligroso de las varietés, se le rindió la fama.

Nuestro insigne novelista Blasco Ibáñez, que tiene con ella una gran intimidad y para ella una gran admiración, ha dicho después de verla por primera vez:

Uno de los últimos retratos de PEARL WHITE

PEARL WHITE en «La máscara de los dientes blancos»



Retrato de PEARL WHITE

PEARL WHITE en «Flor de primavera»

— Me gustaría conocerla a fondo. Es una mujer extraña, que canta como un ruiseñor atormentado y que tiene la provocativa arrogancia de las neoyorquinas, mujeres fuertes, disimulada con el encanto de su mimosidad parisién, de su taconear de madrileña gentil y de su gracia rasgada de andaluza nacida en los barrios castizos de Sevilla.

Pero una noche...

PERLA BLANCA PIERDE LA : VOZ : : ¿QUÉ HACER? :

Una noche perdió la voz.

Al acabar la función subió en su auto para marchar a casa.

En el camino notó como una enojosa presión en el pecho y un picor extraño en la garganta.

Cuando ya en su casa fué a dar las diarias instrucciones a la doncella para que le preparase las toaletas del día siguiente, apenas lograba hacerse entender.

La afonía era completa, complicada con una fiebre alta y una tos insistente y seca que la hizo llamar al médico a toda prisa.

Una pulmonía puso su vida en peligro.

La salvaron su naturaleza de hierro, su juventud fogosa y los cuidados asiduos de los doctores yanquis más famosos.

Pero la voz no volvía. La garganta rebelde a todos los esfuerzos apenas emitía un hilito de voz tenue quebrado de vez en vez por pausas angustiosas.

No era posible seguir cantando.

Los mismos doctores, después de agotar todos los recursos imaginables, se desesperaban viéndose impotentes para atajar el mal de terribles consecuencias.

Un día se lo dijeron a la artista.

— No nos explicamos las causas de esta afonía que necesita de un largo tratamiento para ser vencida. Y de todos modos creemos que usted ya no podrá seguir siendo artista.

Perla Blanca vió abrirse ante ella un porvenir pavoroso.

Con una imprevisión alocada de bohemia, había derrochado a manos llenas todo el dinero ganado con su arte.

Los grandes y preciosos ojos azules de la estrella lloraron mucho, mucho...

Era todo un castillo de ilusiones doradas que se derrumbaba por tierra al soplo de la fatalidad.

Era una vida de esplendideces y de clamorosos triunfos para siempre rota.

Para siempre hundida en el abismo negro de las glorias fugaces.

Y el presentimiento de una miseria cercana le golpeaba las sienes como una amenaza.

¿Qué hacer para salvarse?

Porque había que hacer algo pronto, muy pronto. De nuevo la fortaleza de ánimo de la inconsolable le prestó serenidad para enjugar las lágrimas que enrojecían sus ojos y pensar en una resolución definitiva.

Los amigos—Blasco Ibáñez muy especialmente—le recomendaron que se dedicase al cine.

¿No triunfaban otras con menos méritos esenciales?

¿Pues por qué no había de triunfar Perlita?

Perlitá era guapa, divinamente guapa, con una atrayente belleza y una gracia ingénita de feminidad.

Tenía además un refinado gusto para sentir e interpretar el arte y un valor intrépido para destacarse en la pantalla haciendo películas de serie tan en boga.

No era posible dudar del éxito, que aguardaba sólo a que la artista se decidiera.

Y se decidió.

Y ella que nunca había concedido importancia a los artistas de la pantalla, que siempre los había mirado con desdén, considerando a la Cinematografía como un arte inferior, pensó que el teatro mudo podía ser un refugio y que él y sólo él le ofrecía el único modo de hacer descansar su garganta.

Con todos los honores debidos a sus prestigios de estrella famosa entró en la casa Pathé, que le ofreció un contrato ventajoso.

Ahora sí que sería más ahorradora.

Ahora sí que no tiraría el dinero a tontas y a locas con su lírica imprevisión de cigarra.

Nada de derroches.

Nada de bohemia.

Una vida cómoda y ordenada y a guardar para mañana.

No fuera el demonio que un accidente en sus arriesgados ejercicios frente al objetivo, le volviera a dar un susto como el susto pasado con la afonía.

Cuando la bolsa está llena, las calamidades parecen más pequeñas y lejanas.

Es como si se las mirase con unos gemelos de teatro colocados del revés.

* * *

: : Y TRIUNFÓ EN EL CINE.
AUDACIAS EMOCIONANTES
LA REINA DE LAS SERIES.
: LOS PRIMEROS ÉXITOS :

Pronto se convenció Perla Blanca de que había nacido para hacer alarde de su belleza y de su intrepidez en el *écran*.

El primer éxito, ruidoso, definitivo, no se hizo esperar. Llegó con su primera película.

Se titulaba ésta «Los peligros de Paulina», y público y crítica—como sucede muy contadas veces—proclamaron que aquella muchachita, nueva en el nuevo arte, era una de las actrices más completas.

Para filmar la segunda cinta ya se le ofreció mucho más dinero.

Infinitamente más que había ganado cuando más ganaba en los teatros de varietés.

Su fama además se universalizaba a través del mundo.

A «Los peligros de Paulina» siguieron otras muchas. Pathé continuaba explotando aquel filón de oro que le bridó la casualidad, y aparecieron siempre con Perla Blanca en el rol de protagonista las producciones siguientes: «Elena», «La garra de hierro», «Perla del ejército», «El anillo fatal», «La casa del odio», «El bandido relámpago», «Por amor», «Los misterios de Nueva York», etc., etc.

La consagración se hizo absoluta.

Perla Blanca llegó a ser considerada como la «Reina de las Series».

Y se explica.

El público estaba acostumbrado a celebrar la belleza de una artista, las sutiles delicadezas de otra, las ingenuidades de ésta, los felices momentos dramáticos de aquélla y las audaces valentías de las que más se destacaban en las producciones en episodios.

Todos estos valores juntos, asociados por raro milagro, en una sola personalidad polifacética, no los había encontrado nunca, hasta que Perla Blanca llevó al lienzo sus facultades multiformes de dominio en todos los géneros del arte cinematográfico.

Ninguna como ella fingía alocadas travesuras de niña rica, mimada y descreída.

Ninguna como ella sabía poner tanta picardía en las encendidas miradas de amor.

Ninguna como ella llegaba a interpretaciones tan justas en todos los momentos de la escena.

Y ninguna como ella sabía dar puñetazos con tanta ligereza, saltar de un tren en marcha con tanta agilidad, cruzar un abismo agarrada a una cuerda, lanzarse a la calle desde un piso alto y abrazarse a las crines de un caballo desbocado en una carrera frenética o hundirse en el mar, con capuzones de pescador de perlas, para ganar luego la orilla lejana nadando con la velocidad de una anguila.

Y todo esto, en momentos en que una imprudencia, un descuido, una distracción, pueden costar la vida, hecho con la serena tranquilidad de la señorita *bien* que borda por capricho tras los visillos del balcón en un gabinete repleto de chucherías de bazar, sin darle importancia, siempre sonriendo, como si la muerte no acechara, o como si la muerte fuese algo tan fácil de separar con la mano como un mosquito zumbón.

Muchas veces ante las temerarias locuras de la actriz, los compañeros han lanzado un grito de terror y los directores la han amonestado seriamente.

A tal extremo llegó en todos la seguridad de que Perlita se rompería la crisma el día menos pensado, que cierta vez que quiso asegurar su vida por el dinero que fuese, no encontró ni una sola Compañía de Nueva York que le quisiera aceptar el seguro.

La vida de Perla Blanca era un riesgo mayor.

Estaba siempre en peligro.

: UN VIAJE POR ITALIA : DOS MESES EN LONDRES. UNA TEMPORADA EN PARÍS : : LA ESTRELLA NO QUIERE HACER MÁS PE- : : LÍCULAS DE SERIE : :

La patria de su madre es uno de los más grandes encantos de Perla Blanca.

— Hasta que no pase una temporada en Italia y visite sus principales capitales — solía decir — no estaré satisfecha.

Y un buen día, al acabar las películas resolvió no empezar otra hasta que a manera de descanso para su labor constante y peligrosa, no hubiera realizado su aspiración del deseado viaje.

Retrato de Pearl White

Dibujo de E. Astor

Fué en la primavera pasada. En Roma, Venecia, Nápoles, Milán, Turín, dejó transcurrir cuatro meses que ha dicho ser los más agradablemente pasados durante toda su vida.

Luego pasó por Londres y por París, fugazmente. El tiempo pasaba y en Italia había estado mucho.

Había que regresar. Londres y París quisieron retenerla con los agasajos de su admiración; pero la fecha en que se había propuesto volver estaba muy próxima y no era posible dilatarla de ninguna manera.

Regresó a su palacio de Hollywood en California, con una sorpresa que cayó como una bomba.

Estaba decidida a abandonar el género de series sansacionales en que exponía constantemente la vida, y a dedicarse al otro género dramático y de alta comedia, género de más exquisita depuración artística, en el que se emociona al público sin espasmos violentos, sin sacudidas nerviosas, presentándole cuadros de la vida real en lucha constante con todas las pasiones.

Ya no haría más que películas de cuatro o cinco partes.

Y firmó un estupendo contrato con la Fox.

La cinta que está filmando ahora, primera en que Perla Blanca se nos presenta bajo el aspecto nuevo de una distinta modalidad artística que la que la hizo famosa en la pantalla, se titula «La Cachorrilla».

COMO VIVE LA ARTISTA : NO CREE EN LOS HOMBRES : : SUS AMORES : : SU RIQUEZA : : UNA FRASE DE : : : BLASCO IBÁÑEZ : : :

La artista, que de muy rica se vió amenazada con ser muy pobre, vive con lujos, caprichos y refinamientos de princesa.

Perla Blanca es tres veces millonaria.

Su casa es un verdadero palacio en el que resplandece el buen gusto exquisito de la dueña.

Por las mañanas muy tempranito, cuando el sol empieza a salir, se levanta y se da un baño de agua helada.

Luego de tomar un frugal desayuno dedica una hora a ejercicios gimnásticos, y se vuelve a acostar hasta las once.

A esta hora comienza el trabajo que dura sin interrumpirse hasta las tres de la tarde, y después de la comida, unos días patina, otros monta a caballo y los más cruza en un barco ligero de su propiedad las aguas del Pacífico.

La cena, unas horas en el Teatro si la función lo merece, recordando sus primeros tiempos, y a dormir hasta que el alba del nuevo día marque el momento de dejar los mullidos colchones de pluma y las sábanas de Holanda.

Tres secretarios contestan su correspondencia.

De admiradores sólo, recibe las cartas por millares.

En retratos, para no desairar a los que se los piden, gasta mucho más dinero del que necesitaría para vivir una vida holgada toda una familia.

A los hombres los conoce tan poco o los conoce tanto—vaya usted a saber—que no quiere nada con ellos.

— Todavía no ha nacido — repite con frecuencia — el hombre ideal que pueda merecer mi amor.

Nosotros no sabemos si destrás de este excepticismo filosófico se oculta algún desengaño de esos que llegan tan hondo que matan para siempre todas las ilusiones.

Lo que sabemos es que los grandes amores de Perla Blanca son su arte y su raposa.

Perla Blanca tiene una pequeña zorra a la que cuida con cariños maternales.

La zorrita dispone de un dormitorio propio, de un comedor particular donde come los días en que no lo hace en la mesa de su lida amita y de una doncella con la sola misión de atender a su cuidado.

* * *

Entre las grandes admiraciones de Perlita, figura Blasco Ibáñez que a su vez la quiere y admira como nadie.

Siempre que Blasco Ibáñez va a Norte América pasa unos días en California aceptando las invitaciones de hospitalidad de su gentil amiga.

Y Blasco Ibáñez ha dicho:

«Perla Blanca es la mejor artista cinematográfica del mundo».

Enemigos—ya lo dijimos al principio— de lo absoluto, no repetimos ese concepto del que al emitirlo el insigne novelista, dijo hacerlo con el pleno convencimiento de todas las responsabilidades del juicio que entrañaba.

Pero sí decimos que si no la mejor, es una de las mejores, y que con todo y no haber ninguna que le gane en méritos, son muy pocas además las que han llegado hasta donde ella.

Hasta esa cumbre tan difícil de escalar y más difícil aún de sostenerse en ella, que sólo la escalan y se sostienen muy de tarde en tarde las verdaderas glorias de la pantalla.

MARIO RUIZ DE ALCÁNTARA

TRAS LA PANTALLA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Bruch, 3 - BARCELONA

Se publica los sábados

Estos cuadernos se servirán a domicilio, mediante los siguientes

ABONOS

Abono anual,	*España y Portugal:* 18 ptas.	- *Extranjero:* 25 ptas.
» semestral »	» 9 »	» 12'50 »
» trimestral »	» 4'50 »	» 6'25 »

Pago adelantado, por Giro Postal o valores de fácil cobro

CUADERNOS PUBLICADOS

De venta en esta Administración y en casa de nuestros agentes exclusivos

N.º 1 Francesca Bertini 3.ª ed.
» 2 Ch. Chaplin (Charlot) 2.ª »
» 3 Douglas Fairbanks
N.º 4 Mary Pickford
» 5 Charles Ray
» 6 William Duncan

TRAS LA PANTALLA

se vende en toda la Península, Baleares, Portugal y Africa (Posesiones españolas)

Editorial Catalana, Mallorca, 257-259